

Grandes titulares para pequeños contenidos

De la convocatoria del 92 surgieron, en lo que al jazz respecta, unos grandes titulares que prometían, en sí mismos, un año cuajado de acontecimientos. Consorcio Cultural Madrid 92, Quinto Centenario, Expo 92 y Olimpiada Cultural eran, entre otros, esos nombres de cabecera a los que se miraba esperanzados. La realidad demuestra que es preciso cribar con malla pequeña los acontecimientos que ha deparado este 1992 para retener en el tamiz referencias jazzísticas que justifiquen las expectativas despertadas.

En el apartado de lo que pudiera catalogarse como documentación jazzística, tampoco los Organismos creados al amparo del 92 han patrocinado publicaciones discográficas o bibliográficas que la acogieran. Y no porque no existiera posibilidad. El excelente disco surgido del Festival de Jazz de Getxo, centrado en músicos españoles y editado por iniciativa privada, demuestra que hubiera sido posible apoyar experiencias similares, estimulando así el esfuerzo de muchos para que el jazz español se manifieste con voz propia. En este sentido, el catálogo de discos auspiciado por el Quinto Centenario se centra en lo que simplícidamente se ha dado en etiquetar por algunos como música culta, ignorando, salvo alguna referencia aislada, todo el caudal musical que viene aportando la cultura de raíz popular. Lo mismo sucede en el campo de la investigación documental, para la que se han primado publicaciones que acogen trabajos de índole histórica, marginándose la multiforme realidad actual que configuran las manifestaciones, musicales y no musicales, de los pueblos y nacionalidades que justifican la razón de ser del Quinto Centenario.

Sabemos que, a pesar de la escasa atención oficial que ha merecido, el interés por el jazz continúa vivo. En este sentido, una de las últimas convocatorias del año, el XIII Festival Internacional de Jazz de Madrid, ha demostrado, por encima de unos contenidos que pueden ser discutibles, que es posible compatibilizar un denso programa y aceptación popular.

Existen una audiencia y unos profesionales de esta música, y por tanto, hay que buscar las vías para fomentar su crecimiento. Para un futuro inmediato, y como ejemplo, habría que pensar en posibles formas de desgravación fiscal para las escuelas y los locales donde se hace música en vivo. No se trata ni de pedir limosnas ni de vivir de la bendición pública, pero se podrían aliviar angustias y permitir una mayor libertad (y, por consiguiente creatividad) a aquellos que viven trabajando la cultura.

Otra forma de crecimiento sería la difusión de esta música a través de las ondas radiadas; estipular un canon para que se emitiera jazz por todas las emisoras de radio, específicamente de todo músico español grabado, al igual que se hace con el canon de pantalla en la industria cinematográfica, aunque bien es sabido que de poco sirve, porque no se cumple. Pero tenemos por delante otro año, y diferente, para hablar y madurar sobre todo esto.

Felizmente, 1992 no será ningún *Finis Terrae*. Aunque para algunos de los que parecen haberlo utilizado como un paraguas que cobijase sus intereses personales desearíamos que lo fuese. Por el bien del jazz en este país.

Cuadernos de Jazz

